

La casa del bosque

by Stephen Williams

Cuando pienso en mi niñez, veo la casa de mi madre. Vivíamos lejos del resto de la civilización. El pueblo más cercano a nosotros era muy pequeño, y tenía que andar por un día para llegar. Éramos afortunados: no tuvimos que mudarnos. Por tanto, pasé la mayoría de mi vida en la misma casa. De hecho, a veces cierro los ojos y parece como si estuviera allí todavía. Puedo ver las mismas cosas; puedo oír los mismos sonidos; puedo oler los mismos aromas.

En primer lugar, recuerdo la bonita vista por mi ventana. Nuestra casa estaba rodeada por un bosque denso. Era difícil ver el cielo porque los árboles alcanzaban el sol. Tenía que subir al techo para apreciar las estrellas. Los árboles hacían sombras finas que estaban cortadas por las hojas verdes y juveniles. Las ramas trenzadas nos envolvían y nos protegían. La corteza sonreía siempre, como una pequeña niña. Más allá del bosque, estaba la tierra de labranza que alcanzaba los bordes de la tierra. Recuerdo que los colores cambiaban durante el año: del verde de la primavera, a los rojos y naranjas del verano, y los marrones dorados del otoño. En invierno, el mundo se escondía y los árboles se volvían piedras sepulcrales. Toda la amistad del bosque desaparecía, y sólo el vacío quedaba.

En segundo lugar, recuerdo los sonidos. Mi madre dirigía un hospedaje para perros, y mis días estaban llenos de ladridos y gruñidos. El hospedaje estaba detrás de nuestra casa, y se podía oír el ruido todo el día. Después de una vida escuchando el ruido, podría dormir como un bebé. Los sonidos de la naturaleza me rodeaban. Había un arroyo al lado de la casa, y en la quietud de la noche se podía oír el murmullo del agua, como susurros delicados. Muchos animales visitaban el arroyo: los venados, los mapaches, los zorros. En la oscuridad, escuchaba los crujidos de los animales que se escurrían por las hojas. Había mucho terreno de caza cerca de nuestra casa. A veces, el estallido de un rifle perforaba el aire y hacía eco como el trueno terrible.

Además, estaba la música. Mi tío me enseñó a tocar la guitarra, y me enamoré al instante de la música. Escuchar los chillidos cuando yo estaba aprendiendo todavía ponía de los nervios mi madre. Puedo identificar las diferentes eras de mi vida por el estilo de la música que escuchaba. Por ejemplo, cuando empecé a estudiar la música, prefería el heavy metal y el rock. La música, cuanto más ruidosa, mejor. Pero, conforme avanzaba el tiempo, descubría otros géneros: del heavy metal a la música hip hop, de la música hip hop al reggae. Finalmente, justo antes de mudarme, prefería la música electrónica. Abandoné los instrumentos tradicionales, y empecé a utilizar los sintetizadores y las baterías electrónicas para componer mi música. Al fin y al cabo, regresé a la simplicidad de la naturaleza. Grabé los sonidos de la naturaleza, y los pequeños sonidos que se puede encontrar en la vida normal y son imperceptibles.

Finalmente, y posiblemente más fuertemente, recuerdo los olores. Desafortunadamente, con tantos perros, había mucho estiércol. Por supuesto, era mi trabajo limpiarlo. No puedo olvidarme del hedor de las grandes bolsas de estiércol que recogíamos. Había una belleza particular del estiércol que fermentaba en el calor mojado del verano. Las personas que tienen mascotas (específicamente los gatos) entienden que hay un seguro aroma en la casa que no se puede eliminar nunca. El aroma infecta todos los muebles, las ropas, todo. Honestamente, no puedo describirlo en detalle. Es como una niebla densa que descansa encima el pantano húmedo.

También, teníamos que manejar nuestra tierra efectivamente. Los veranos son sinónimos de cortacéspedes, y el aroma rico de la grama cortada frescamente. Recuerdo el aire dulce de la primavera, y los débiles buqués de las flores como flautas de champaña. En el exterior, cuando cambiaban las estaciones, cambiaban los olores. Sin embargo, los olores del interior se quedaban iguales. El aroma más fuerte era el humo definido del incienso.

Para concluir, tengo muchas memorias de la casa de mi madre. Recuerdo

las vistas: la naturaleza, los árboles, los animales. Recuerdo los sonidos: los ladridos de los perros y la música que me rodeaba siempre. Recuerdo los olores: el estiércol, la gama, el incienso. Con estos detalles, puedo reconstruir la casa en mi mente. Estoy seguro que la recordaré para el resto de mi vida..

Stephen Williams wrote this article for his Spanish 301 class during the Fall of 2012